El Día de los Padres

Autor: Manolo Campa

Aplaudo la gran idea de celebrar el Día de los Padres el tercer domingo del mes de junio. Ese día me hicieron feliz las tarjetas con textos y dibujos de mis artísticos e inspirados nietos pequeños. También fue ocasión propicia para tener la alegría de ver a los invisibles nietos mayores, que no vemos con frecuencia por estar enfrascados en estudios, trabajos, vida social, actividades deportivas, y otras razones propias de la juventud.

Recibí regalos de mis hijos en los que pude entrever mensajes para el mejoramiento de mi elegancia. Me dieron unas mediecitas blancas a medio terminar (no me cubrían más arriba del tobillo) para sustituir a los viejos escarpines negros, con apariencia de polainas de rayón, que uso cuando trabajo en el patio. Para que elimine mi deshilachado sombrero de guajiro, me regalaron un casco que me hace lucir como el viejo explorador que encontró a Tarzán en la selva.

Como tengo dificultad para dormir toda la noche, el chocolate que tanto me gusta fue eliminado por mi mujer de la lista de regalos. "No chocolate… en ninguna de sus formas" decretó con firmeza. No se de cual de sus estudios superiores (es una enciclopedia con melena) sacó esa equivocada hipótesis. Yo sostengo firmemente que son otras las causas del mal dormir que ella atribuye a mi golosina preferida.

Repudio los vegetales. Cuando era niño me obligaban a comerlos para que creciera fuerte, robusto. Pues los comí con repugnancia, bajo protesta, y ni crecí, ni soy fuerte… y mucho menos musculoso. Obedientes a su madre mis hijos me obsequiaron un "cake" de zanahoria (¡Qué ocurrencia!)…afrenta dedicada con inocente candor: "A papá en su día".

En el segundo párrafo me referí a mi indumentaria atlética, ahora paso al aspecto formal de mi vestuario. Se me ha señalado en ocasiones que teniendo otras prendas en mi closet, repito con demasiada frecuencia el uso de pantalones y camisas que evidentemente son de mi preferencia. Y así es: para este redactor, el garbo está por debajo de la comodidad. Soy de esos elegantes sin barreras que no reparan en vestir colores que no armonizan si la prenda se nos acomoda bien. Aprecio más la holgura, la anchura del trapo viejo a la rigidez de la tela almidonada y planchada que nos vemos obligados a vestir en bodas, bautizos y velorios.

Para darle uso a una tarjeta que me regalaron para modernizar mi atuendo voy a ir de compras, actividad que no siempre disfruto. Mi auto estima se afecta cuando en el departamento de ropa para caballeros las tallas pequeñas me quedan grandes. En lugar de ser atendido, como mis amigos, en el "Rambo's Quarters"… compro mi ropa y zapatos en el "Mickey Mouse Hall" donde les compran sus trajes y zapatos a mis nietos.

Para reparar mi antes dañada auto estima, acostumbro a leer la opinión autorizada de mentes eminentes referente a la estatura. Por ejemplo: "La grandeza de un pueblo no se determina por el número de habitantes, como no se determina la grandeza de un individuo por su estatura". Víctor Hugo.
Otra: "Los hombres no se miden de la cabeza al suelo, se miden de la cabeza al Cielo". No se de quien es tan espléndida prosa pero disfruto muchísimo su lectura.

EN SERIO:

No puedo dejar de pensar en mi padre en esta fecha en que felicito y me felicitan, y sin quererlo examino cómo él desempeñó sus funciones de padre. Desde que murió aquel hombre que fue mi mejor amigo, frecuentemente cuando pienso en él doy gracias a Dios por haberlo tenido junto a mí hasta que cumplió ochenta y tres años.

Fue su ejemplo el primer libro de un gran hombre que se abrió ante mis ojos. Con su trabajo me alimentó, me vistió y me proporcionó una educación. Nunca permitió que nada me faltase… pero con gran sabiduría, no me dio más de lo que necesitaba.

Aprendí a hablar oyéndole hablar. Soy parte de lo que él era. Si fuese más recio hubiese llegado a ser en todo como él. Me enseñó a amar a Dios respetándole y procurándome una educación cristiana.

Era decidido y prudente a la vez. Era mi gran maestro. Con su mesurada alabanza o crítica me enseñó a cumplir con el deber sin buscar mayor recompensa que aquella de "saber que nada he dejado de hacer".

Me enseñó el valor del dinero y el lugar del mismo en la escala de nuestros valores, por debajo éste del honor y la honradez. Con su saber, y sin un reproche, me sacó de mis apuros cada vez que mi inexperiencia me hizo pensar que no necesitaba de su ayuda.

Con firmeza, en un marco de cariño me hizo disciplinado sin violencia. Me enseñó a amar la libertad enseñándome y dejándome ser libre. En un momento en que mi rebeldía juvenil merecía un castigo ejemplar, enfrentó sus ojos a los míos y con el tono grave del maestro que cubre el disgusto con el valor de la enseñanza, me dijo: "El que de joven no aprende a obedecer, nunca sabrá mandar".